

Antón Villar Ponte.

Tras el «Día das Letras Galegas»

Villar Ponte y la fundación del nacionalismo gallego

Baldomero Cores Trasmonte

EN el siglo XX se produjo un profundo cambio de orientación en el desarrollo de las ideas y la acción políticas en Galicia. El movimiento solidario creó cierto optimismo en cuanto a las posibilidades prácticas de un grupo compacto basado en un afán común de tipo gallego; el agrarismo abrió un sendero de incalculables proporciones llevando la acción política al campo mismo, base y corazón de la vida gallega; el nacionalismo abandonó en parte su romanticismo y se alió con aquellas fuerzas dominantes en la vida política de Galicia, como el republicanismo y el socialismo. Si fuera preciso encarnar en un personaje fundamental ese nuevo estilo político, habría que examinar a fondo la figura de Antón Villar Ponte, periodista de intensa actividad, maestro en el arte siem-

pre difícil de conjugar voluntades para crear instituciones perdurables y realmente eficaces. Si Vicente Risco es el animador cultural y Castelao el animador espiritual, como Alexandre Bóveda es el animador partidista y Suárez Picallo el ágil animador parlamentario, Antón Villar Ponte tiene el mérito indisputable de ser el gran animador de la afirmación regional gallega. Ser animador en una cultura dominada por viejos ancestros políticos y por ideologías asentadas secularmente sobre las conciencias, es un trabajo muy especial, para el que sólo valen algunos elegidos dentro de sus propias circunstancias muy concretas. Cada uno de ellos, desde sus propios postulados, tan diversos, tan varios, han tenido esa capacidad de animación sociocultural, que ha dejado honda huella en el panorama de la vida social y política de Galicia.

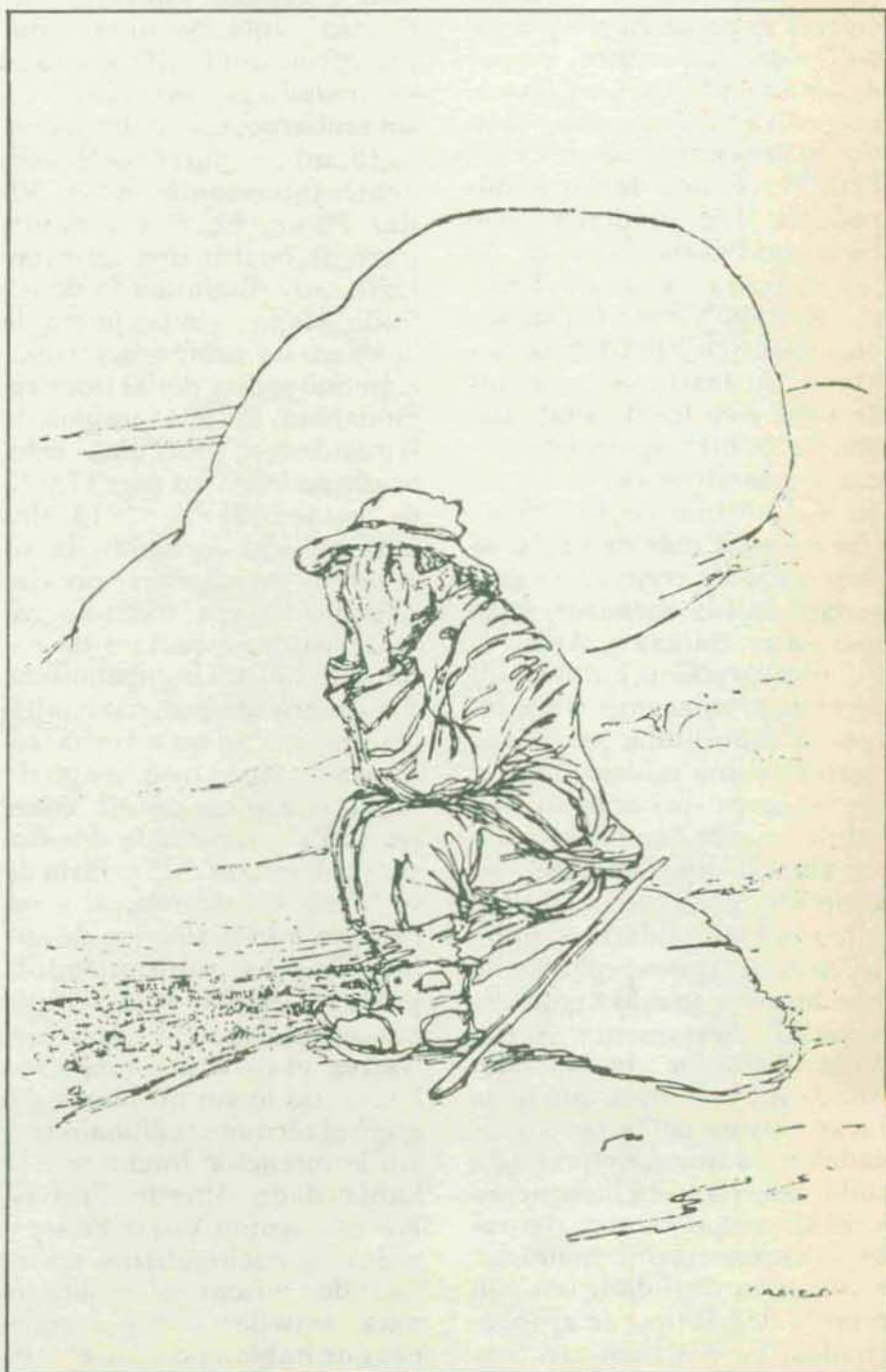
I. ANTON VILLAR PONTE Y LA AFIRMACION REGIONAL DE GALICIA

Villar Ponte planteó abiertamente el problema de la afirmación regional de Galicia. Su obra fundamental se llama así: «**Nacionalismo gallego. Nuestra afirmación regional**», y fue publicada en La Coruña en el año de 1916. Este pequeño libro de 67 páginas, no tanto por su estructura científica como por las consecuencias prácticas que ha tenido, forma parte de esa biblioteca política fundamental que debiera ser enseñada en cursos avanzados del bachillerato en Galicia o desarrollada con mayor detenimiento monográfico en la universidad gallega, tanto en las facultades de derecho como en las más relacionadas con la política, la economía y la sociología. Ese conjunto de obras fundamentales tendría como base libros como «Los Precursores», de Manuel Murguía, editado en La Coruña, 1885; «El Regionalismo gallego», de Alfredo Brañas, publicado en Barcelona el año de 1889; «Galicia ante la Solidaridad», de Eugenio López Aydillo, publicado en Madrid, en 1907; «A los gallegos emigrados», de Luis Porteiro Garea, publicado en La Coruña en 1918; Vicente Risco figuraría con su «Teoría do Nacionalismo galego», publicado en 1920, y con «El problema político de Galicia», editado en Madrid, en el año de 1930; Luis Peña Novo tendría un puesto de honor con «La Mancomunidad Gallega», editada en Vigo en 1921; Luis Eloy André tendría que figurar con su «Galleguismo», de 1931, editado en Madrid, para completarse todo ello con «Sempre en Galiza», de Alfonso Rodríguez Castelao, editado en Buenos Aires en 1954 e instrumento indispensable para

entender gran parte del desarrollo del pensamiento gallego contemporáneo. Libros breves casi todos ellos, de tesis política, bajo prismas diferentes, pero fundamentales para la comprensión de algunas preocupaciones de Galicia, y a los que podrían unir obras re-

ferentes a ideologías muy diversas. Entre ellas, por mérito propio, por el amor con que fue hecha, y por sus repercusiones, la obra de Antón Villar Ponte constituye un hito en el panorama ideológico de Galicia.

Villar Ponte era, además de un hábil periodista político, un tenaz y carismático hombre de acción. En cierto modo, el periodismo no era un fin pro-



Durante toda su vida, Villar Ponte ganó a pulso el mérito indisputado de ser el gran animador de la afirmación regional gallega. Desde la Prensa y desde el Parlamento, luchó por sacar a Galicia de una postración secular que este dibujo de Castelao simboliza acertadamente.

fesional ni laboral para él, sino un medio eficaz y un instrumento muy valioso para conseguir los fines políticos que se había propuesto. Como hombre de acción creó **Irmandades da Fala** y la convirtió en un vivero de ideas y de ideales para Galicia; creó una nueva semántica política para la acción inmediata y concreta, ya que la usual estaba contaminada de abstracciones y de romanticismo; intentó ejercer su poder en el nivel local, concretamente en el Ayuntamiento de La Coruña, pero sin éxito aparente, aunque lo tuvo y muy notable Luís Peña Novo, uno de sus admiradores; fue fundador, con Santiago Casares Quiroga, de la O.R.G.A. y luego de la Federación Republicana Gallega, y bajo su insignia fue diputado a Cortes en las Constituyentes de 1931 y en las de 1936; fue uno de los más rigurosos críticos y enemigos de la Dictadura de Primo de Rivera en Galicia y en más de una ocasión hubo de conocer la gravedad de sus zarpazos; hizo que entre Galicia y América hubiera un puente cultural intenso, permanente, sin solución de continuidad, como dos partes de una misma entidad que se unen tras años de alejamiento y de desconocimiento; sin sus aportaciones y su estímulo, el proceso autonómico hubiera sido incompleto, en el caso poco probable de que hubiera tenido algún desarrollo. Ciertamente, Antón Villar Ponte fue una personalidad muy compleja, con unas ideas muy escuetas, pero aplicadas con suma oportunidad a cada caso y a cada institución y siempre con la más rigurosa y desconcertante honradez e incorruptibilidad, en un mundo de hábiles, de aprovechados, de políticos circunstanciales y de grupos atentos al interés particular. Quizás por eso, por lo que descon-

cierte que con tan simples ideas se puedan hacer tantas y tan variadas cosas, es por lo que ha tenido, y tiene pocos biógrafos y pocos científicos dedicados al análisis de su pensamiento.

Antón Villar Ponte estuvo siempre muy preocupado por buscar y encontrar la denominación adecuada para sus ideales y para las ideas políticas que quería difundir en el pueblo gallego. Como Alfredo Brañas, tenía ese interés por dar precisión, límite ajustado y claridad a su ideología; tuvo, sin embargo, sobre Brañas, la facilidad de contar con precedentes interesantes. Antón Villar Ponte, en cierto modo, trató de buscar una terminología muy distinta a la de Alfredo Brañas, sin perjuicio de la intensa y profunda estimación que sentía por el líder regionalista. En la Asamblea de Irmandades da Fala, celebrada en Lugo los días 17 y 18 de noviembre de 1918, los asambleístas formulan la siguiente conclusión previa: «Tendo Galicia total-as careuterísticas esenciaes de nazonalidade, nós nomeámonos, d'hoxe pra sempre, nazonalistas galegos, xa qu'a verba 'rexionalismo' non recolle total-as aspiracións nin encerra tod'a intensidade dos nosos problemas». Al vaciarla de su intención diferencial y someterla a la dialéctica de sus instituciones, subsumiéndola y asimilándola a la simple descentralización administrativa, el sistema establecido había usado sin problema alguno el término regionalismo, sin la intención inicial que le había dado Alfredo Brañas. Por eso, Antón Villar Ponte y todos los nacionalistas, trataron de buscar alternativas para aquellas denominaciones que habían perdido el sentido auténtico y que hacían pasar por regionalistas (del «regionalismo bien entendi-

do», decían) a quienes eran enemigos de los ideales de Brañas y luego de los nacionalistas.

Del mismo modo, la palabra galleguismo también planteó el mismo problema, según Villar Ponte, al ser asimilada por lo que el político coruñés llamaba prensa caciquil. En su artículo «Verbas mortas» indica que había utilizado la voz galleguismo por razones tácticas, dado que la palabra nacionalismo asustaba a mucha gente, temerosa de que se le confundiese con el separatismo; del mismo modo que en Cataluña hay catalanes y catalanistas, Villar Ponte distinguió entre gallegos y galleguistas, haciendo sinónimos esta palabra y la voz nacionalista, pero, al ser utilizada y luego secuestrada la palabra por el sistema establecido, reduciendo su sentido, el político gallego hubo de dejar de usarla, para añadirles, en todo caso, el adjetivo «integral»: regionalismo integral, galleguismo integral y autonomía integral, equivalentes al más riguroso sentido del término nacionalismo gallego. Es curioso cómo, años más tarde, ya en la República, la voz galleguismo vuelve a tener ese mismo sentido integral, quizás por la influencia de la Dictadura, que había perseguido a los galleguistas y nacionalistas y a sus palabras y a sus símbolos más queridos.

Antón Villar Ponte, a lo largo de los años, planteó en tres frentes bien marcados la institucionalización y el desarrollo de sus ideales. Como emigrante, América, sobre todo La Habana y Buenos Aires, sintió la necesidad de una comunicación intensa con el fundador gallego y entre los dos, entre aquellas colonias de gallegos y el líder coruñés, se estableció el más profundo contacto: Ramón Suárez Picallo, quien



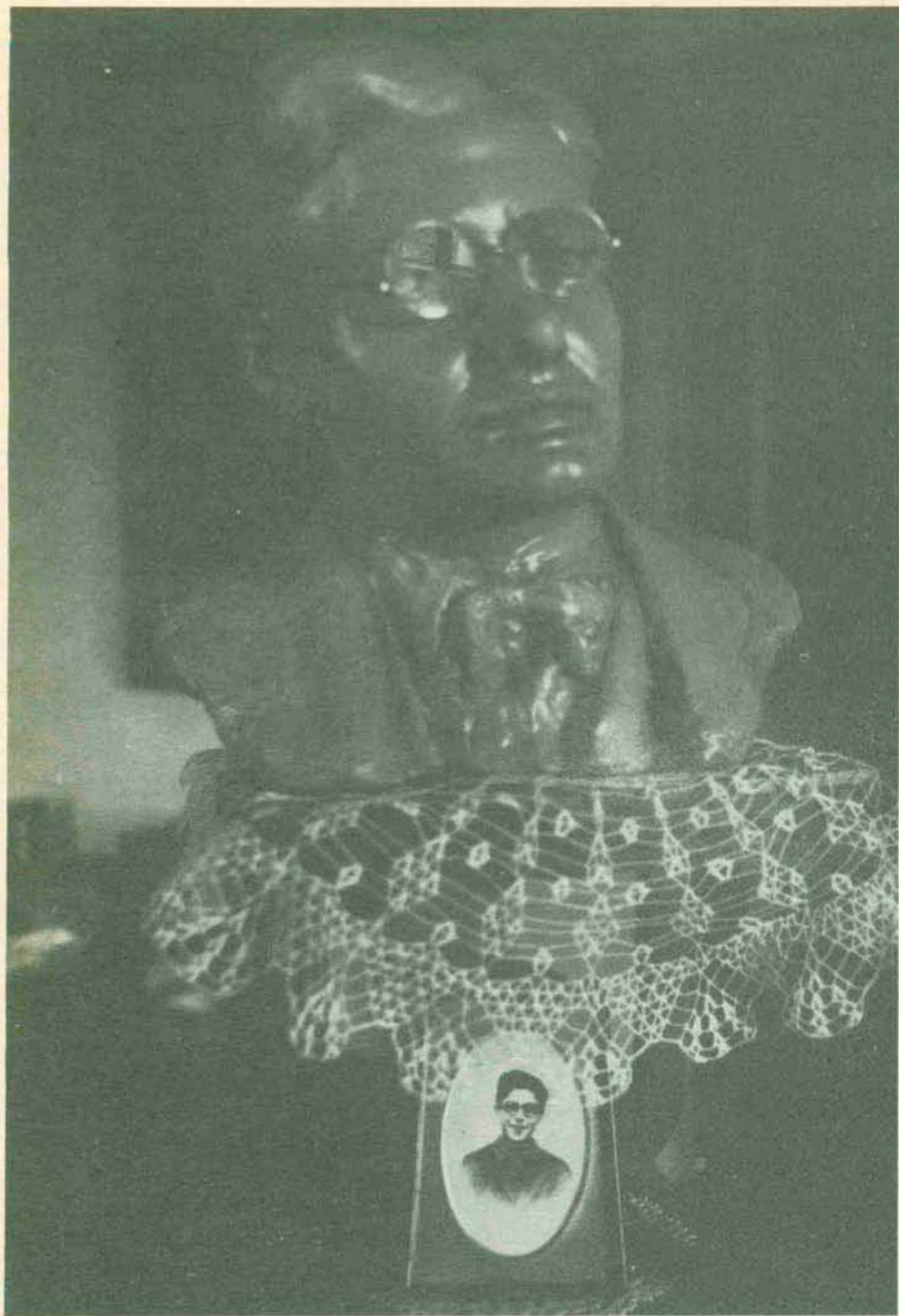
A lo largo del siglo XIX, el nacionalismo gallego poseía unos tintes románticos que le incapacitaban notablemente para una acción política positiva. Ello cambió mucho en nuestro siglo, gracias en buena parte a la figura de Villar Ponte. (En el grabado, la Plaza do Campo de Betanzos, en 1898, dibujada por Veiga Roel).

llevó al galleguismo hacia el socialismo, con Quintanilla y otros, llegó al nacionalismo debido al atractivo especial de Villar Ponte. La prensa española, el periódico más insospechado desde el punto de vista de la difusión, pudo contar en muchas ocasiones con el artículo esclarecedor del dirigente gallego. Sobre todo Cataluña, debido a las antiguas campañas de Cambó en Galicia, era campo bien conocido para el político autonomista. El parlamento español le acogió en las Cortes Constituyentes y en las de 1936, dejando su huella, aunque breve, pero siempre emocionada, para afirmar e imponer un concepto y una práctica del vivir gallego. El autonomismo y la república fueron sus grandes temas, sin perjuicio de la creación literaria, el teatro, el ensayo sobre temas diversos, en los que destacó este farmacéutico de Vivero, tierra de Pastor Díaz.

Sus ideas eran en unos casos

elucubraciones sobre la historia, y las condiciones sociales, económicas y políticas de Galicia; en otros muchos casos eran cosas muy concretas y muy específicas, porque tenía ese don de pasar sin esfuerzo de lo general a lo particular y de lo particular a lo general a causa de una gran finura y de una capacidad de expresión muy intensa. Por ejemplo, sus campañas en defensa del sistema de representación proporcional fueron muchas y muy interesantes. En un artículo publicado en «La Zarpa», del 20 de febrero de 1923, expresivamente titulado «A Nosa Terra precisa a representación proporcional», defiende en forma muy aguda el sistema proporcionalista, contestando al interrogatorio de un diario madrileño. En ese mismo año, el día 8 de mayo, dirá que el proporcionalismo es necesario para eliminar las oligarquías y para hacer posible la revolución desde arriba, para acabar con los «diputa-

dos cuneros y los chulos de distrito», señalando que «mientras no se implante de modo conveniente y escrupuloso el sistema de la representación proporcional, con el aditamento del voto secreto y obligatorio y unos tribunales escrutadores de espíritu imparcial y reconocido prestigio ético, las elecciones en España seguirán siendo lo que ahora son en general: merienda de pícaros y ejercicio de osados». Algunos años antes, en la I Asamblea de Irmandades da Fala, sin duda bajo su directa influencia, se hizo constar en el párrafo segundo de las conclusiones, la siguiente: «Representación proporcional como sistema electoral», lacónismo que en la II Asamblea, celebrada en 1919 en Santiago de Compostela, fue enriquecida con algún matiz más específico: «Pedire que pr'os efeutos eleitorales, incluso os municipás, constituyáanse as circunscricións, a base da representación proporcional».



II. LA AUTONOMIA COMO CRUZADA APOSTOLICA DE VILLAR PONTE

Antón Villar Ponte vio la posibilidad de hacer avanzar la idea autonómica de Galicia en su alianza con los republicanos de La Coruña, encabezados por Santiago Casares Quiroga. Ambos, con otros republicanos y otros conocidos nacionalistas, fundaron la O.R.G.A., lanzando al pueblo gallego un famoso Manifiesto fechado en «Galicia y Octubre de 1929». Hay una frase muy intere-

sante en el Manifiesto que recuerda el libro esencial de Villar Ponte: «Han pasado los tiempos en que afirmarla era un gesto y afincarla una campaña. Hoy cada gallego siente tan hondo el grito de la raza y de tal manera se solidariza con las cuestiones de su tierra, que ya no se contenta con sentirla y amarla, sino que se apresta a destacarla e imponerla. Galicia tiene hoy, a más

de una personalidad, una conciencia de ella y de su misión en el mundo». La frase de Villar Ponte, recogida en el título de su libro de 1916, «nuestra afirmación regional», había pasado a otro estadio, el de la imposición y la institucionalización social, económica y política. No se sabe cuál ha sido la intervención de Antón Villar Ponte en tan notable Manifiesto, pero, aun cuando el autor haya sido Casares Quiroga, seguramente el líder nacionalista, como periodista avezado que era, ha contribuido a destacar el lenguaje que se aprecia en el mismo desde la perspectiva de su grupo cultural y político. De todas maneras, en la sesión del 23 de mayo de 1933, de las Cortes Constituyentes, Castelar atribuye la autoría estrictamente a Casares Quiroga cuando dice que «al venir la República sube al Poder un representante de Galicia, el señor Casares Quiroga, autor de un magnífico manifiesto, saturado de buenos propósitos y de bellas frases, escrito de su puño y letra, cuyo original he tenido yo en mis manos aún no hace muchos días».

Consecuente con esa proclamación de imposición de Galicia, Villar Ponte estimuló la preparación del «Estatuto que debe darse Galicia a sí misma dentro de la República Federal española», tal como se define en la Convocatoria del 2 de mayo de 1931 efectuada por la Sección coruñesa de la O.R.G.A. y firmada por figuras tan eminentes del republicanismo y del nacionalismo como Manuel Lugo, Arturo Taracido, Luís Peña Novo, Fernando Osorio, Antonio Villar Ponte y Alfredo Somoza. Luego, en la Asamblea de la Federación Republicana Gallega Pro-Estatuto de Galicia, celebrada los días 4 y 5 de junio de 1931, Antón Villar Ponte formó parte de la mesa

presidencial, llevando Luís Peña Novo el peso de la ponencia en los debates suscitados. La campaña de Villar Ponte en favor de la autonomía y del Estatuto de Galicia supuso un esfuerzo muy grande, incansable como era el político coruñés y atento siempre a la oportunidad del momento para hacer avanzar su ideal, sostenido sin desfallecimiento desde aquellos días aurales de 1916 cuando

enfermedad le dejaría intervenir en todos los actos del complicado y laberíntico proceso estatutario de Galicia. Por ejemplo, a la tensa y difícil asamblea de Santiago de Compostela de 1933, en la que se planteaba el problema del posible aplazamiento de la convocatoria del plebiscito, debido al triunfo de las derechas, que podía echar a perder toda la labor realizada, no pudo asistir el fundador na-

que me retén no leito non puideren ir á xuntanza do derradeiro domingo, igual causa impídeme que o día 3 sexa doado hacharme en Santiago. Cosa que moito sinto abofé.

Somentes un motivo com'o esposto pode obrigarme a non concurrir a Asambleia. Pois si sempre coidei precisa para Galicia a autonomía, agora, como nunca, penso que é indispensable. Eu, o primeiro galeguista integral que houbo na nosa Terra, menos que ningún poido deixar de concurrir a actos com'o de pasado mañán. Mais causa de forza maor impídeme según fica dito.

Desexo que fagan constar a miña opinión favorable ó aplazamento do Plebiscito. Opinión que xa mostrei en artigos da «Voz de Galicia» e do «Pueblo Gallego». Mais decatémonos ben: aplazamento, si; pro non sine die, senon por un prazo determinado. N'ese caso, contén connigo para toda crás de propaganda oral e escrita. Cantos sacrificios se me esixan para o conqurimento da autonomía estou disposto a facelos. Si preciso foran voluntarios para percorreren en cruzada apostólica todolos recunchos do noso país, indo a pe e sin cartos, pónanme a min entr'eles. Si se necesita arriscar a vida pol'a causa, a elo me sinto disposto.

Para erguer a conciencia cívica de Galicia e o sentimento autonomista, contén connigo, pois baixo o peso dos meus anos inda latexa o foga da mocidade. Os meus vinte anos longos de tenaz e constante propaganda galeguista arelan superación no momento crítico d'hoxe.



Dentro del panorama del nacionalismo gallego, Castelao —cuyo busto vemos en la página adjunta, con unas gafas de su época de estudiante que sobre él colocarían sus hermanas— fue el animador espiritual, mientras que Vicente Risco (junto a estas líneas) jugó el papel de animador cultural. Tanto ellos como Villar Ponte, Alexandre Bóveda o Suárez Picallo han dejado honda huella en la vida de Galicia

funda Irmandades da Fala. Su concepto sobre el valor de la autonomía para Galicia puede resumirse en lo dicho en una de las hojas de propaganda invitando a los Ayuntamientos a acudir a Santiago a la Asamblea de municipios de los días 17 al 19 de diciembre de 1932. En la parte inferior de la hoja se publica un artículo de Villar Ponte que puede resumirse con uno de sus párrafos: «De modo que el problema está claro: o autónomos o esclavos. Tal es el dilema». Sin embargo, no siempre la

cionalista, escribiendo una carta al alcalde de Santiago, en la que le decía textualmente lo siguiente:

«La Coruña 1º de Nadal 1933.

Sr. D. Raimundo López Pol.

Meu distinto correlixionario e bó amigo: Prégolle teña a bondade de lle comunicar ó Presidente da Asambleia pro-Estatuto, o mesmo que ó Secretario que si por mor da doenza

*Dispoñan, pois, de mín, na
seguranza de que acudirei
sempre a onde me chamen,
non vendo mais que ir-
máns en todol-os galegos
que peiten pol-a auton-
omía, inda que algúns fosen
n'outrora verdadeiros
enemigos meus.*

*Todo por Galicia e para
Galicia. Seu e da causa,*

A. Villar Ponte.»

En ese momento, Villar Ponte no era ningún anciano, tenía 52 años, pero era ya tan abundante su obra, dispersa en mil

publicaciones, que pareciera encontrarse cualquiera ante la obra de un hombre de larga y fecunda vida intelectual y política. Sin embargo, la enfermedad a duras penas podía cortar sus anhelos de apostolado autonomista, iniciado en 1916 como un problema de afirmación nacionalista y ya en período de imposición, para usar las palabras utilizadas en el Manifiesto de la O.R.G.A. Lo de cruzada apostólica no era vana retórica en la carta de Villar Ponte: cualquiera, el hombre de la calle, el líder más opuesto a sus cri-

terios, sabía que ningún sacrificio era capaz de torcer la voluntad autonomista del fundador gallego. Fue tal su campaña y tal su lucha que él mismo se sintió como la encarnación del ideal autonomista, y no porque lo proclamase con petulancia, pues no había hombre más humilde bajo las estrellas gallegas, sino porque era un hecho irrefragable y cotidiano. En un artículo publicado el 28 de abril de 1935, en el periódico «Ser», dirigido por Suárez Picallo, titula un artículo «A miña obra inmortal» y en el texto del mismo dice claramente lo siguiente: «Ata mín ninguén sentírase en ningures nacionalista integral. E fun eu, dá-deme licencia para decilo con orgulo, o primeiro nacionalista galego consciente e o primeiro galeguista integral. O primeiro tamén que se chama nacionalista en Galicia vertendo nas follas dos xornaes e do libro o ideal da galeguidade, de xeito craro e nido».

Para afirmar su ideal nacionalista y autonomista, Villar Ponte encontró institución suficiente en Irmandades da Fala, una de las grandes obras de la cultura gallega, en la que al lado de economistas de la calidad de Peña Novo, del aliento de Castelao y de la finura crítica de Risco, figuraban filósofos de talla como Xohan Vicente Viqueira. Pero el paso de la etapa de la afirmación a la de la imposición de la personalidad gallega necesitaba una institucionalización política adecuada. Villar Ponte sintió especial optimismo cuando con Casares Quiroga organizó la O.R.G.A., y quizás siguió manteniendo ese mismo optimismo cuando pasó a ser la Federación Republicana Gallega, de la que llegó a ser líder de minoría en las Cortes españolas, pero perdió su fe en las posibilida-



Santiago Casares Quiroga

Santiago Casares Quiroga, quien —con Villar Ponte y otros republicanos y nacionalistas— fundó la O.R.G.A., lanzando al pueblo gallego un famoso Manifiesto fechado en «Galicia y Octubre de 1929», que contenía una ardiente defensa de las reivindicaciones regionales.



Villar Ponte estuvo presente como diputado en las Cortes Constituyentes de 1931 y en las de 1936 (un aspecto de las cuales vemos, con Casares Quiroga sentado en el «banco azul» del Gobierno). Tanto en unas como en otras, se caracterizó por sus numerosas intervenciones en pro del bienestar de Galicia.

des del Partido Republicano Gallego y se entregó finalmente en el lugar que parecía ser el más adecuado para sus ideales: el Partido Galleguista. Estos pasos, estos balbuceos, estas inquietudes en hombre tan honrado, sin buscar nunca provecho propio, ahuyentando más bien a los arribistas y a los logreros de la política, son verdaderamente importantes, porque revelan su esfuerzo para encontrar inútilmente la institución conveniente al triunfo de ese ideal autonomista y federal. Este deseo de institucionalización política eficaz, para dejar de ser de una vez minoría ineficaz, se había presentado ya en la VI Asamblea das Irmandades da Fala, celebrada el 27 de abril de 1930, en La Coruña, cuando se propuso la creación de un Partido autonomista republicano agrario, encargando al propio Villar y

a Lugris Freite y a César López Otero la confección de su programa. Incluso llegó a tener cierta actividad inicial al lado del Partido Republicano Radical-Socialista de La Coruña, tal como explica en un artículo publicado en «El Pueblo Gallego» de Vigo, del 18 de marzo de 1933, y en el que dice: «Yo no puedo negar que aunque alejado de la disciplina del Partido radical-socialista, siento por este Partido vivas simpatías y afectos. Entre otras cosas, porque mi pluma fue la primera pluma gallega que se convirtió en arma de propaganda del mismo cuando todavía era un intento...». Explica por qué cambió de rumbo, porque venía sustentando la idea de un partido gallego y este intento cuajó en la O.R.G.A.: «Era el momento de hacer galleguismo republicano y de republicanizar el galleguismo»,

dice. Incluso en el Manifiesto de la O.R.G.A., él y Casares Quiroga hacen un vaticinio sobre el porvenir de dicho partido cuando dicen que la Alianza Republicana y él mismo no llevarán «ni un solo afiliado más a la gran falange de los que ya antes luchaban por el advenimiento de la República española».

Desencantado del Partido Republicano Gallego, sin perder contacto con la Federación Republicana Gallega, Villar Ponte dirigió su mirada hacia el Partido Galleguista, ya bajo el control de republicanos y gentes de izquierda, después de una lucha interna con la **dereita galega**. Villar Ponte fue aceptado por el Partido Galleguista en 1938 y «A Nosa Terra» da cuenta, con fecha 3 de marzo de ese año, del acuerdo del Comité Ejecutivo con estas palabras: «O segredario de Orgaización aproveitou esta

xuntanza pra dar conta de haberse recibido solicitude de ingreso no Partido do irmán Antonio Villar Ponte, que foi recibida polo Comité con todo cariño e simpatía, acordándose que cause alta no Grupo da Cruña aos efectos de organización consecuentes». El secretario era Alexandre Bóveda y ese mesmo día publico Castelao un artículo insuperable, «No retorno de Antón Vilar Ponte», que comenzaba con estas palabras: «Antón Vilar Ponte volve d'unha longa e arriscada aventura polo deserto, e volve limpo. Deixá-deme que o reciban os meus brazos de irmán vello». Castelao le dice también: «Antón Vilar Ponte chega ben a tempo pra defendel-as ideas qu'el mesmo despertou, n'este exército de irmáns no Ideal e

no Sangue. Eiquí non hai xefes que leven a Galiza a flor de bico e atopará republicanos máis conscentes que aqueles que foran por algún tempo os seus compañeiros...». Con ese artículo y otro publicado el 13 de marzo de 1936, Castelao montó su discurso necrológico en el parlamento, en forma muy curiosa y muy interesante al mismo tiempo. Claro que si el entusiasmo de Castelao por Villar Ponte no podía ser más grande, el de Villar Ponte por Castelao rayaba todavía más alto, como cuando al recibirle en la Academia Gallega, el 25 de julio de 1934, derrotados ambos como diputados, en vacaciones parlamentarias forzadas a la espera de tiempos mejores, Villar Ponte dijo que «decir Castelao é decir Galiza, ou viceversa».

III. EN LAS CORTES CONSTITUYENTES Y EN LAS DE 1936

En la IV Asamblea de las Irmandades da Fala, celebrada en Monforte de Lemos los días 18 al 20 de febrero de 1922, la delegación de El Ferrol, integrada por Roberto Blanco Torres y Xaime Quintanilla, propuso que el partido nacionalista gallego se declarase republicano, retirando luego la propuesta «por se daren conta da súa inoportunidade e de ser oposto a tal declaración o ambiente unánime da Asambleira», tal como reseña «A Nosa Terra», del día 11 de marzo de ese mismo año de 1922. Mientras unos nacionalistas preferían la vía culturalista, de apariencia apolítica en cuanto no significa un enfrentamiento con el sistema establecido (posición de Vicente Risco), otros eran más abiertamente políticos, como, por ejemplo, Luís Peña Novo y los mencionados delegados ferrolanos. En cierto modo, corresponde a Antón Villar

Ponte la idea de abrir la puerta del nacionalismo a los republicanos, republicanos federales y hombres de izquierda, en un ambiente y en unas agrupaciones en las que el conservatismo era la tónica dominante. Cambiando la línea seguida por Alfredo Brañas, Villar Ponte atrajo hacia el galleguismo integral a Porteiro Garea y a otros líderes y no líderes, bien conocidos por sus tendencias izquierdistas, republicanas e incluso socialistas, como es el caso de Xaime Quintanilla.

Para Villar Ponte, el nacionalismo, la autonomía integral, solamente podía consumarse y perfeccionarse, imponerse diría de acuerdo con la intención del Manifiesto de la O.R.G.A. dentro de una república federal. Hablando de Manuel Lugo Freire, proponiendo un homenaje («limpia ejecutoria de republicano

congénito y de gallego modelo»), le llama «republicano por gallego y galleguista por republicano». Autonomismo y republicanismo federal eran, por consiguiente, dos aspectos de una misma situación cultural y política. En un Manifiesto publicado en 1933 lo dice con alguna claridad: «Si yo no tuviera la firme convicción de que la autonomía, una autonomía liberal y democrática, representa para Galicia el único medio de progreso que puede convertirla muy pronto en un pueblo europeo y para España el afianzamiento del nuevo régimen que voluntariamente se ha dado, puesto que nos lleva a una lógica estructuración de la Península, acorde con su Geografía y su Historia, no sería en modo alguno partidario de dicho sistema político que implica en su desenvolvimiento la posibilidad de una futura República federal». El progreso, la lógica geográfica y la histórica y el mismo porvenir de la forma republicana federal eran el soporte del único modo de organización de Galicia, según Villar Ponte. Por eso, su entrega a la República, desde sus postulados ideológicos y políticos, fue total y absoluta, desinteresada y entusiasta.

Al lado de Santiago Casares Quiroga, representando a ese autonomismo integral y a la perspectiva del republicanismo federalista, al que era muy sensible el luchador líder coruñés, Villar Ponte vio clara la posición que había de tener dentro de la II República y cómo se podía instaurar de acuerdo con esos ideales fundamentales. En las Cortes Constituyentes de 1931 salió electo diputado (68.089 votos) por la provincia de La Coruña, dentro de la disciplina de la Federación Republicana Gallega y el marco de la O.R.G.A., que acogía también a Casares Quiroga, a Rodrí-

guez Pérez, a Salvador de Madariaga, a Alejandro Rodríguez Cadarso, a Ramón M. Tenreiro, a Emilio González López, a Roberto Novoa Santos y a Leandro Pita Romero, así como a Ramón Suárez Picallo, incluido dentro del partido galleguista. En 1936 volverá a ser diputado ya afiliado al Partido Galleguista, mientras que alguno de los otros mencionados irán incluidos

En las Cortes Constituyentes fue elegido para las comisiones de Guerra y de Cargos oficiales que desempeñan los Diputados y formuló diversos ruegos al Ministerio de Instrucción Pública (concesión de plazas a los maestros y maestras de Galicia aprobados en las dos primeras partes de los cursillos) y al Ministerio de Obras Públicas, sobre la construcción de ferrocarriles

sus intervenciones fue sobre el Puente del Pasaje del Pedrido y su petición fue apoyada por Suárez Picallo, en la sesión del 24 de febrero de 1933, señalando que era «ese famoso puente que me lleva costado cincuenta y tantos viajes al Ministerio de Obras Públicas y del que hube de ocuparme cuatro o cinco veces en este Parlamento; ese puente que se tomó como bandera caciquil...».

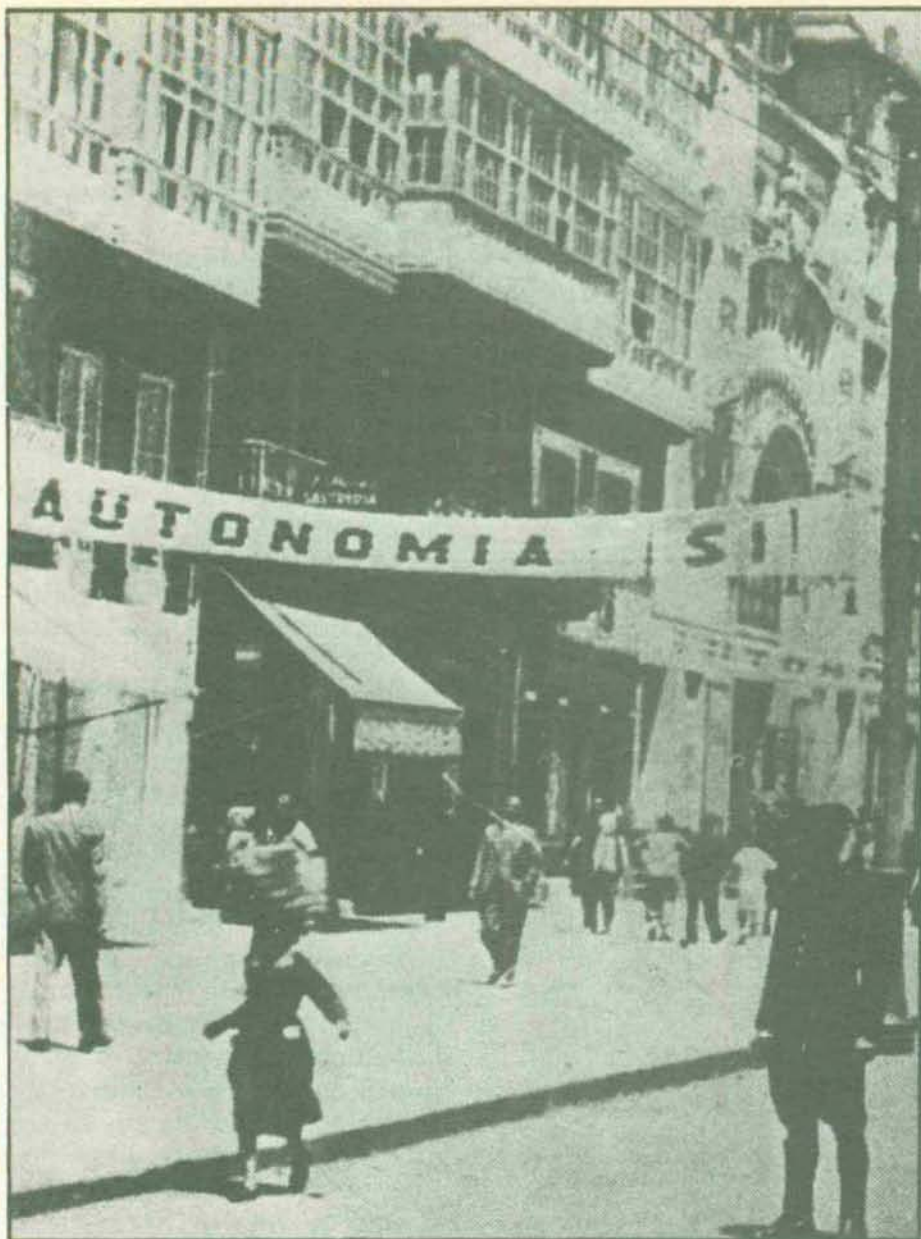
En su discurso más importante, pronunciado el 25 de mayo de 1933, plantea el caso de Galicia como un caso de colonialismo, con lo cual se adelanta en muchos años a quienes en la actualidad utilizan el tipo de colonialismo interior para describir la situación de dependencia de Galicia con respecto a otros países y a España como entidad económica y política. En dicho discurso, dentro de la interpelación de los galleguistas sobre el problema de Galicia, Villar Ponte dijo tajante: «Yo he preguntado una vez aquí, y mi pregunta consta en el **Diario de Sesiones**, si Galicia ha de seguir siendo siempre una colonia de los españoles, sin ascender nunca a la categoría de región beligerante, como otras que se llaman sus hermanas, en el disfrute de los beneficios del Poder...». En otra parte del discurso añade: «Si resumimos cuanto llevamos dicho, llegamos a la conclusión de que Galicia es un pueblo esclavo, económica y espiritualmente, pues lo uno es secuela de lo otro». En un largo párrafo para resumir su pensamiento al respecto, Villar Ponte explica: «Total: que el abandono de las cosas que afectan a Galicia es completo; que se nos sigue tratando como a una colonia...». Y, naturalmente, como era habitual en su pensamiento, surgió de inmediato el modelo de Irlanda, utilizado primero por



Cartel diseñado por Castelao para la campaña en favor del Estatuto de Galicia. Cara a él, Villar Ponte siempre defendió una opción federalista, por la cual el país gallego se configuraba como un «Estado autónomo dentro de la República federal española».

en Izquierda Republicana, pero bien compenetrados entre sí. Aunque su actividad no pudo ser muy intensiva —le sorprendió la muerte siendo diputado en 1936—, tiene interés en la medida en que reflejaba sus puntos de vista más queridos a lo largo de los años de fundador galleguista y le hacía cada vez más consciente de su labor en foros que no fuesen los estrictamente locales de Galicia.

en Galicia. Intervino en diversas discusiones sobre el nombramiento de una Comisión que informase sobre los sucesos ocurridos en Sevilla, sobre la importación clandestina de reses de Portugal, la rectificación de las partidas arancelarias que gravan la importación de abonos químicos, el aumento de precio de los periódicos, demandas formuladas por los estudiantes de Farmacia y otras más. Una de



Pancartas situadas en Los Cantones coruñeses pidiendo el voto afirmativo para el Estatuto de Autonomía de Galicia. Debido a su muerte en la primavera de 1936, Villar Ponte no pudo ver con sus propios ojos una de sus grandes aspiraciones: el éxito del plebiscito sobre el Estatuto gallego el 28 de junio de 1936.

Antolín Faraldo en 1846 y por Alfredo Brañas luego, a finales del siglo XIX, como el caso histórico y sociológico parejo al de Galicia y símbolo de su irredentismo. Las últimas palabras de su discurso fueron pronunciadas a modo de advertencia, de recuerdo y de admonición: «Y termino haciendo una advertencia patriótica: que aunque yo lo lamento, son muchos en Galicia, sobre todo entre la juventud estudiosa, entre la juventud consciente de las realidades regionales y nacionales, los

que piensan que en caso de que se nos siga abandonando, de que tengamos que morirnos de hambre por nuestra pobre economía estrangulada, por el mal trato de que somos objeto, el único medio de salvación habrá que buscarlo en imitar el ejemplo de Irlanda». En ese mismo año, en la hoja volante lanzada en favor de la autonomía, había recordado el mismo caso con estas palabras: «¿Habéis pensado alguna vez que Galicia es la ÚNICA región española que podría aceptar de momento,

con inmensos beneficios para ella dadas sus características naturales, un régimen de Estado libre, como el de Irlanda, verbigracia?».

En el «Anteproyecto de Estatuto de Galiza», elaborado por el Seminario de Estudios Gallegos, publicado en 1931, se afirma, en el artículo 1.º, que «Galiza é un Estado libre dentro da República Federal Española». El recuerdo más o menos consciente de Irlanda parecía estar presente en el ánimo de los redactores de ese texto pionero dentro del proceso estatutario de Galicia, tan complejo, tan sinuoso, tan difícil y tan lleno de problemas. Otra afirmación de federalismo, en el que ya actuó directamente Villar Ponte, fue el Proyecto presentado en la Asamblea de La Coruña y en cuyo artículo primero se dice: «Galicia es un Estado autónomo dentro de la República federal española». Nada tiene de particular que ese mismo año, el 11 de setiembre de 1931, firmado en primer lugar por Ramón Otero Pedrayo y con la firma de varios diputados gallegos y galleguistas, entre los que se contaba Antón Villar Ponte, se presentase la siguiente enmienda al artículo primero del proyecto constitucional: «España es una República federal y democrática, constituida sobre la base de regiones autónomas. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo». Son muchas las enmiendas firmadas no en primer lugar por Antón Villar Ponte, pero una suscrita primero por su gran amigo Ramón Suárez Picallo tiene interés, porque enlaza directamente con la citada anteriormente. Como enmienda al artículo 11, dice así: «Cataluña, el país vasco y Galicia son estados autónomos. Las demás regiones españolas pueden serlo desde el momento en que su voluntad

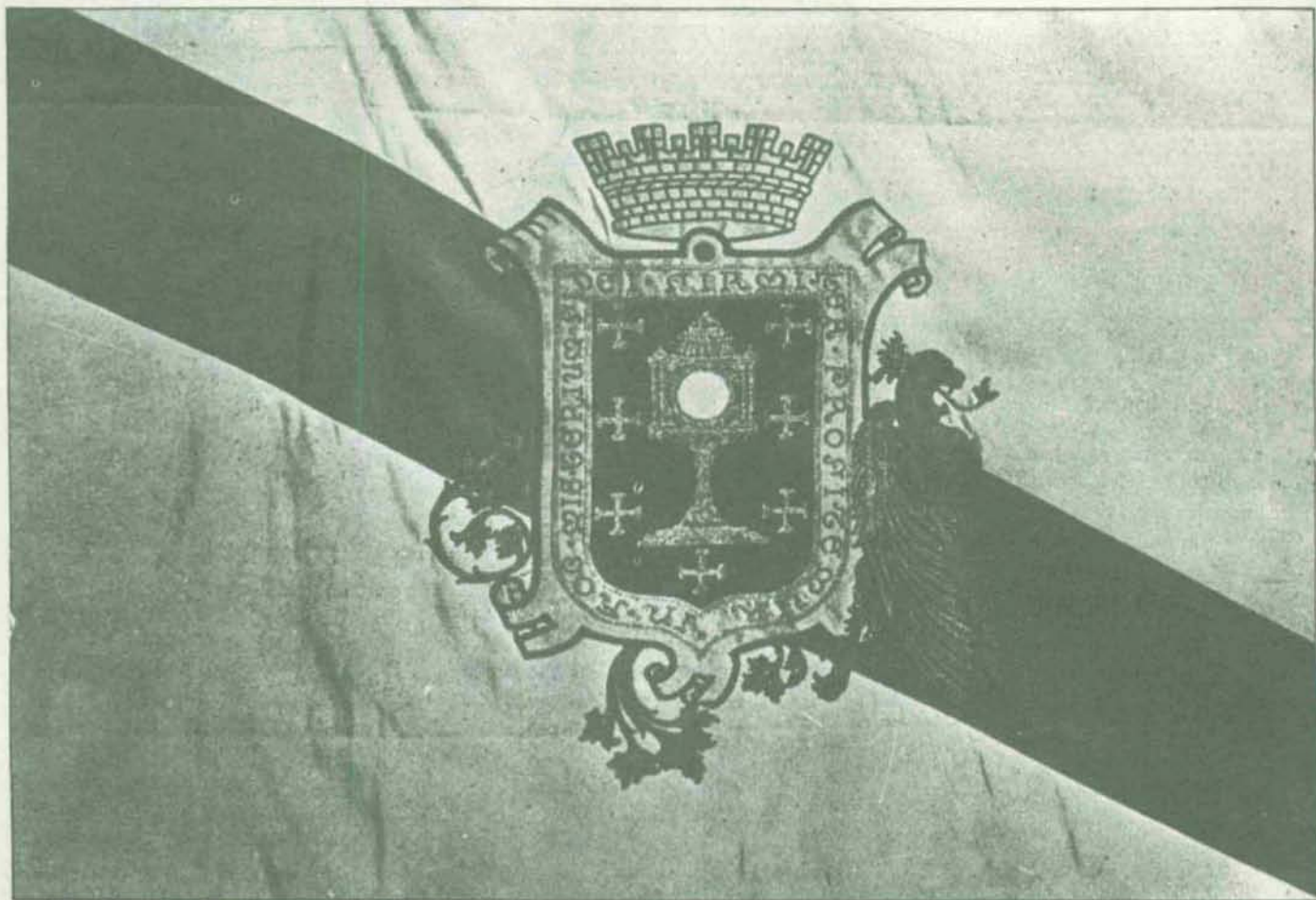
de autonomía sea corroborada por la voluntad popular expresada en plebiscito». Es muy interesante esta distinción entre autonomía originaria, propia de algunas culturas específicas, y la autonomía plebiscitaria, pero al final todo ello condujo a un complejo proceso lleno de requisitos y de dificultades, hasta culminar en sus respectivos estatutos.

En las Cortes de 1936 ya no pudo intervenir prácticamente. En la sesión parlamentaria del 15 de abril de ese año, Castelao comunicó a la Cámara el fallecimiento del político coruñés: la comunicación de Castelao tenía fecha del día 18 de marzo. Se podría recordar en aquel momento la sesión del 21 de diciembre de 1933, cuando la Mesa comunicó el fallecimiento de Alejandro Rodríguez Cadarso, otro líder

del autonomismo y el gran rector de la universidad compostelana, convertida por él durante algún tiempo en la Universidad de Galicia. Castelao no pudo contener su dolor y dijo en un discurso patético: «A Villar Ponte se debe la idea que engendró el actual renacimiento de la cultura gallega, matriz del movimiento político que aquí nos ha traído. Imaginaos, pues, mi dolor y el dolor de todos los galleguistas por la muerte del fundador». El socialista gallego Lorenzo, dijo que «Villar Ponte ha dejado un vacío imposible de llenar en las filas republicanas de nuestro país». No parecían palabras de circunstancias las de aquellos diputados de las distintas ideologías alabando la obra de Villar Ponte. En nombre de la minoría comunista, el diputado comunista por Pontevedra, Romero Ca-

chineru, dejó sentir el siguiente testimonio: «Recorriendo Galicia he podido observar cómo los campesinos, cómo el pueblo laborioso en general apreciaba a este hombre que había sabido mantener firmemente los principios de liberación de ese pueblo que vive hoy bastante esclavizado. Nosotros admiramos a esos hombres que luchan por la liberación de los pueblos y en todo momento están dispuestos a los mayores sacrificios por defender sus libertades». Villar Ponte no pudo ver con sus propios ojos una de sus grandes aspiraciones de fundador —el éxito del plebiscito, el 28 de junio de 1936—, pero tampoco pudo pasar por el inmenso y triste dolor de ver perder la República, tan difícilmente conquistada, muy pocos días después... ■

B. C. T.



— A Villar Ponte se debe la idea que engendró el actual renacimiento de la cultura gallega, matriz del movimiento político que aquí nos ha traído — dijo Castelao al comunicar a las Cortes la muerte del gran político nacionalista. (En la foto, bandera de Galicia regalada al propio Castelao al ser nombrado ministro del Gobierno republicano en el exilio).